

LA EDAD DE LA EMPATÍA. LECCIONES DE LA NATURALEZA PARA UNA SOCIEDAD MÁS JUSTA Y SOLIDARIA

por FRANS DE WAAL. Barcelona, Tusquets Editores, 2011, 258 páginas. ISBN: 978-84-8383-350-6. Título original: *The Age of Empathy. Nature's Lessons for a Kinder Society*.

Frans de Waal, primatólogo y etólogo especializado en psicología social de los primates, desarrolla en esta obra sus teorías sobre el origen de la empatía y el altruismo. El título, *La edad de la empatía*, refiere a la historia evolutiva que conlleva la empatía humana, compartida con otros animales. El subtítulo, *Lecciones de la naturaleza para una sociedad más justa y solidaria*, expresa la relación de las investigaciones del autor (complementadas con las de otros autores) con la realidad actual (sobre todo la de Estados Unidos). Cada una de las teorías presentadas a lo largo del libro está enriquecida con abundantes ejemplos, anécdotas y preguntas filosóficas sobre el ser humano.

El primer capítulo («Biología, izquierda y derecha») presenta el objetivo principal de la obra. El autor sostiene que desde la antropología, la psicología, la biología o la neurología se deriva que los seres humanos son animales grupales: altamente cooperativos, sensibles a la injusticia, a veces beligerantes, pero principalmente amantes de la paz. También, que se mueven por incentivos, que están pendientes de la jerarquía, el territorio y el sustento. Así, la especie humana tiene una cara social y una egoísta. Puesto que la segunda es la perspectiva predominante, al menos en Occidente, su trabajo se centra en la primera: el papel de la empatía y la conectividad social.

Parece que la realidad muestra cada vez más una sociedad carente de solidaridad. Aquellos que ponen la libertad individual por encima de todo suelen contemplar los intereses colectivos como una idea romántica. Se rigen por la lógica individualista. Toda sociedad tiene que lidiar con la actitud

del «yo primero». Frans de Waal pone como ejemplo (en realidad, como se verá, es un contraejemplo) a los chimpancés del Yerkes National Primate Research Center, dónde él trabaja. Cuando les ofrece sandías para que compartan, todos quieren ser los primeros en echar mano sobre la comida porque cuando uno se la apropia, es muy raro que otro se la arrebate. Sin embargo, se posee tanto como se comparte. Por lo general, alrededor de los veinte minutos todos los miembros del grupo tienen algo de comida. No está de acuerdo, por tanto, con quienes dicen que como la naturaleza se basa en la lucha por la vida, así es como se tiene que vivir. Economistas y políticos moldean la sociedad sobre la base de la lucha perpetua que a juicio de estos existe en la naturaleza. Ello es una mera proyección. La competencia sólo forma una parte del cuadro. Las personas no pueden vivir a fuerza de competencia.

Considerando lo anterior, de Waal cree que se necesita una revisión completa de las suposiciones sobre la naturaleza humana y se dedica a desmitificarlas. El primer mito que cita es aquel que ubica a los ancestros como los reyes de la sabana. Al contrario, tenían que guardarse las espaldas y lo resolvían congregándose para su seguridad. Aún hoy se muestra la misma tendencia en situaciones de peligro. Estos reflejos se remontan a las capas más profundas y antiguas del cerebro, compartidas con muchos animales, no sólo mamíferos. Los biólogos hablan de «manadas egoístas», en las que cada individuo intenta confundirse en una masa de congéneres por su propia seguridad. La seguridad es la primera y principal razón de la vida social. El segundo de los mitos considera a la sociedad como la creación voluntaria de unos hombres autónomos, como un compromiso negociado¹ y no como algo que surge de manera natural. Indica que como ocurre con otros mamíferos, unos individuos dependen de otros para la supervivencia. Cuerpos y mentes están hechos para la vida social. Junto a la muerte, el aislamiento es el peor castigo. La vinculación tiene un inmenso valor de supervivencia y el vínculo más crítico es el de madre e hijo. Este vínculo proporciona la plantilla evolutiva para los otros vínculos. Por último, el tercero de los mitos sostiene que la especie humana ha estado haciendo la guerra desde siempre. El autor explica que se debe hacer una distinción entre el homicidio y la guerra. Ésta se asienta en una estructura jerárquica de múltiples facciones, no todas las cuales se mueven por la agresión. Aunque los vestigios

¹ Se refiere al contrato social propuesto por el filósofo francés Jean-Jacques Rousseau.

arqueológicos de muertes violentas aisladas se remontan a cientos de miles de años atrás, no hay evidencias de guerra antes de la revolución agrícola. Los ancestros humanos probablemente no se embarcaron en guerras a gran escala hasta que se hicieron sedentarios y comenzaron a acumular riqueza. Esto hizo que los ataques a otros grupos fueran más rentables. En vez de ser el producto de un impulso agresivo, la guerra tiene que ver más con el poder y el beneficio. El pensamiento político presente sigue aferrado a estos mitos arrogantes, como la creencia de que se puede tratar al planeta a su antojo, que la humanidad nunca dejará de guerrear y que la libertad individual tiene prioridad sobre la comunidad. Nada de lo que mantienen estos mitos se ajusta a los viejos usos, que incluyen la dependencia mutua, la conexión y la supresión de las disputas tanto internas como externas.

El autor introduce el segundo capítulo («El otro darwinismo») comentando la tensión que se produce en la sociedad norteamericana entre la libertad económica y los valores comunitarios. Desconcertado por el uso que los políticos hacen de la biología y la religión, presenta tres grandes paradojas. Indica que la teoría de la evolución es popular en el lado conservador en su forma oscura de «darwinismo social», pero rechazada en su forma de darwinismo real. Este amor-odio con la biología es la primera gran paradoja del panorama político estadounidense. La segunda paradoja se refiere a la ligazón entre darwinismo social y cristianismo, ya que este último exhorta a mostrar compasión y el primero se mofa de tales sentimientos. La tercera paradoja es que el énfasis en la libertad económica saca a la luz lo mejor y lo peor de las personas. Lo peor, la falta de compasión. Lo mejor, la auto-superación.

El darwinismo social ha logrado proporcionar, en su momento, el respaldo científico a una nación de inmigrantes que había desarrollado un poderoso sentido de la autosuficiencia y el individualismo. Frans de Waal explica que el problema es que las metas de la sociedad no pueden derivarse de las metas de la naturaleza. Pretenderlo es lo que se conoce como *falacia naturalista*. Todo lo que la naturaleza puede ofrecer es información e inspiración, no prescripción. La ideología del «espíritu evolutivo» fue desencadenada en el siglo xix por Herbert Spencer,² quién tradujo las leyes de la naturaleza al lenguaje de la economía y acuñó el lema «la supervivencia del más apto» (a menudo atribuido erróneamente a Darwin). Para este filósofo, que las variantes más fuertes progresaran a expensas de las inferiores no sólo era

² H. Spencer, *Social Statics* (Nueva York: Appleton, 1864).

un hecho, sino que así era como debía ser. Para de Waal, tales argumentos, en la medida en que se basan en lo que se supone natural, son equivocados. Piotr Kropotkin, en su libro *Ayuda mutua*³ (1902) sostiene que la lucha por la existencia no es tanto una lucha de todos contra todos, sino de masas de organismos contra un entorno hostil. La cooperación es algo corriente. La ayuda mutua se ha convertido en algo estándar en las teorías evolutivas modernas porque la capacidad de funcionar en grupo y construir una red es crucial para la supervivencia.

En la última parte de este capítulo, Frans de Waal explica lo engañoso de la metáfora del «gen egoísta».⁴ Apunta que agregar terminología psicológica a la discusión sobre la evolución génica confunde dos niveles que los biólogos se esfuerzan en diferenciar. La psicología y la neurología modernas no respaldan la visión de los humanos como seres exclusivamente egoístas, ausentes de benevolencia. Como otros primates, los seres humanos pueden describirse como animales altamente cooperativos que deben esforzarse en mantener bajo control los impulsos egoístas y agresivos. También como animales altamente competitivos que, sin embargo, tienen la capacidad de tolerarse e implicarse en un dar y recibir. Esto es lo que hace tan interesantes las tendencias socialmente positivas: se expresan frente a un trasfondo de competencia.

En el tercer capítulo («Cuerpos que se hablan») el autor aborda el tema de la risa. La risa compartida supone un ejemplo de la sensibilidad primate hacia los otros gracias a la interconexión corporal y emocional. De allí parten la empatía y la compasión. Su origen hay que buscarlo en la sincronización de los cuerpos: correr cuando otros corren, reír cuando otros ríen, llorar cuando otros lloran o bostezar cuando otros bostezan. El poder de la sincronía inconsciente está profundamente arraigado, tanto en los seres humanos como en otros animales. La sincronía es la manera más antigua de adaptar la conducta propia a la ajena porque se asienta en la capacidad de ponerse en la piel del otro y hacer propios los movimientos ajenos. La identificación es el gancho que lleva a adoptar la situación, las emociones y el comportamiento de los seres cercanos. Estos se convierten en un modelo de rol: se siente empatía hacia ellos y se los emula. Para el autor, resulta engañoso elevar la imitación a categoría humana exclusiva. Concuerta en que la capacidad de imitación es mayor en los humanos que en otros pri-

³ P. Kropotkin, *Manual Aid: A Factor of Evolution* (Nueva York: Nueva York University Press, 1972 [1902]).

⁴ R. Dawkins, *The Selfish Gene* (Oxford, Oxford University Press, 1976).

mates, aunque si se les da la oportunidad de fijarse en sus congéneres, los antropoides copian hasta el último detalle de lo que ven. La sincronía y el mimetismo refieren a la conexión y la vinculación social. Frans de Waal ve en ello un viejo instinto gregario que requiere prestar más atención a lo que hacen los otros y asimilar cómo lo hacen. El modo en que los cuerpos son influidos por los que les rodean es un misterio, pero proporciona el cemento que cohesiona a las sociedades.

Uno de los aportes más importantes del autor en este capítulo es el desarrollo del concepto de empatía. Refiere que el concepto moderno se debe al psicólogo alemán Theodor Lipps (1851-1914). La lengua alemana habla de *Einfühlung* (sentir dentro) pero Lipps propuso *empathie* que significa «experimentar un intenso afecto o pasión». Este psicólogo fue el primero en reconocer la canalización especial hacia los demás: «no podemos experimentar ninguna sensación fuera de nosotros mismos, pero al superponer inconscientemente el yo y el otro, las experiencias del otro encuentran un eco en nuestro interior. Las sentimos como propias».⁵ Según Lipps, esta identificación no puede reducirse a ninguna otra facultad como el aprendizaje, el razonamiento o la asociación.⁶

A menudo filósofos y psicólogos tienden a contemplar la empatía como un proceso cognitivo basado en la estimación de cómo pueden sentirse otros en vista de cómo se sentiría la persona en circunstancias similares. Pero esto no puede explicar la inmediatez de algunas reacciones. El autor pone como ejemplo la visión de la caída de un acróbata. Si sólo se dispusiera de una empatía basada en recuerdos previos, la reacción no aparecería hasta que el acróbata no estuviera en el suelo bajo un charco de sangre. Sin embargo, la respuesta es casi instantánea cuando los espectadores gritan «¡aah!», «¡ooh!». Venciendo la línea de la psicología cognitiva, no se decide ser empático; simplemente, se es. A la empatía genuina, aunque de base primitiva, se la conoce como *contagio emocional*.⁷ Lipps categorizó la em-

⁵ F. de Waal, *La edad de la empatía. Lecciones de la naturaleza para una sociedad más justa y solidaria* (Barcelona: Tusquets Editores, 2011), 95.

⁶ T. Lipp, «Einfühlung, innere Nachahmung, und Organempfindung», *Archiv für die gesamte Psychologie*, 3 (2-3): 185-204.

⁷ El contagio emocional es definido como «la tendencia a remedar y sincronizar automáticamente expresiones faciales, vocalizaciones, posturas y movimientos con los de otra persona y, en consecuencia, a converger emocionalmente». E. Hatfield, J. T. Cacioppo y R. L. Rasppón. *Emocional Contagion* (Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 1994), 5.

patía como un «instinto», lo que significa que es innata. No especuló sobre su evolución pero se piensa que su origen evolutivo es muy remoto, mucho más que el de la especie humana. Probablemente comenzó con el cuidado parental. Tuvo que haber una fuerte presión selectiva favorable a dicha sensibilidad. La madre que atiende la demanda de sus crías está mostrando un comportamiento orientado a otros por un interés propio. Frans de Waal llama a esto *altruismo autoprotector*: ayudar a otros para resguardarse de las emociones adversas.

Denuncia en su libro que la extensa bibliografía sobre la empatía es por completo antropocéntrica. Nunca se menciona a los animales, como si una capacidad tan visceral y omnipresente, que aflora tan pronto en la vida, pudiera dejar de tener un origen biológico. No habla de recuerdos concientes sino de una reacción automática de circuitos cerebrales. Introduce aquí el concepto de *neuronas espejo*. Éstas ayudan a un organismo a reflejar las emociones y el comportamiento de los que le rodean a través del borrado de la línea entre el yo y el otro. Esa visión de la empatía como proceso automático despierta cierto debate entre los científicos quienes apuntan que implicaría estar en un estado de agitación emocional perpetua. Sobre este particular de Waal indica que lo automático no necesariamente queda fuera del panorama del control y la inhibición, y que la identificación y la empatía son mucho más frecuentes entre gente conocida, familiares y allegados que con personas pertenecientes a otros grupos o desconocidas. Si la identificación con los otros abre la puerta a la empatía, la ausencia de identificación la cierra.

El tema de la compasión abre el cuarto capítulo («En la piel del otro»). Ésta difiere de la empatía en que es proactiva. La empatía es el proceso por el que se recaba información sobre el otro. La compasión, por su parte, refleja preocupación por el otro y el deseo de mejorar su situación. Se rige por mecanismos de control diferentes. No es automática. Es, sin embargo, muy corriente entre la especie humana y otras especies animales. Tras las reyertas de los chimpancés, la consolación es una respuesta típica. El autor llama *preincumbencia* a la atracción ciega que produce en los individuos un animal o a una persona angustiados. Una vez instalada la *preincumbencia*, el aprendizaje y la inteligencia pueden comenzar a añadir capas de complejidad y discernimiento hasta que surge una compasión plena. A veces se entiende la compasión como un proceso único cuando en realidad consiste en distintas capas añadidas por la evolución a lo largo de millones de años.

La mayoría de los mamíferos evidencia unas pocas capas y sólo unos pocos las presentan todas. La especie humana es especial en cuanto al grado con que se pone en la piel del otro pero no es la primera ni la única especie cuyos miembros ayudan a otros con conocimiento de causa.

En el capítulo cinco («El elefante en la habitación») se introduce la idea del papel del yo y del otro en la empatía. Se describe la prueba del espejo en la que algunos animales no se reconocen en su propio reflejo (tampoco los seres humanos antes de cumplir los dos años). Esta prueba puede mostrar cómo se posiciona un individuo en el mundo. Un poderoso sentido del yo le permite tratar la situación ajena como algo separado de sí mismo. Aquí el autor explica por qué la preocupación por los otros surge junto con el yo, ya que la empatía avanzada requiere tanto reflejarse como separarse mentalmente. El reflejo permite que la visión de otro en un estado emocional particular induzca un estado similar en uno. Se trata de un mecanismo ancestral: es automático, surge pronto en la vida y probablemente es característico de todos los mamíferos.

En el capítulo sexto («Lo que es justo es justo») se desarrolla lo esbozado en el primer capítulo. Se habla de los seres humanos como seres sociales y egoístas, que toleran las diferencias de posición social y de ingresos sólo hasta cierto punto y que toman partido por el más débil tan pronto como el límite se sobrepasa. Sostiene el autor que la especie humana tiene un sentido de la equidad profundamente arraigado derivado de la historia de régimen igualitario. Las jerarquías no eran corrientes en los ancestros humanos que vivían en sociedades a pequeña escala. Aparecieron con el advenimiento de la agricultura sedentaria y la acumulación de riqueza. Frans de Waal sostiene que la tendencia a subvertir el orden vertical nunca ha abandonado a los seres humanos. Los modelos económicos no tienen en cuenta el sentido humano de la equidad, aunque está demostrado que afecta a las decisiones económicas. También ignoran las emociones humanas en general, imaginando un mundo regido por fuerzas mercantiles y elecciones racionales basadas en el interés propio. Advierte que son una minoría aquellos miembros que actúan de manera puramente egoísta y se aprovechan de otros sin inmutarse. La mayoría es altruista, cooperativa, sensible a la equidad y orientada a los fines comunitarios. Sobre este particular creo que al pronunciamiento del autor le faltaría un encuadre social consistente; parece no tener en cuenta las fórmulas de dominación que mantienen hoy las sociedades capitalistas modernas. De todas formas, avanzado el capítulo

aparecen premisas contrarias. Afirma que el ser humano está a favor de la equidad siempre que le beneficie. Y aquí distingue justicia de empatía, altruismo y cooperación. Explica que en el dominio de la empatía y de la compasión, la evolución ha creado un mecanismo automático que funciona con independencia de los intereses que pudieran estar en juego. Las personas se ven impelidas a sentir empatía por otras. Se evolucionó en ese sentido porque por término medio y a largo plazo eso fue beneficioso para los ancestros. El sentido de la equidad funciona de forma diferente. Las principales emociones implicadas son egocéntricas. Sólo de forma secundaria hay una auténtica preocupación por los otros; más que nada porque se desea una sociedad armoniosa y habitable. Igualmente, el principio de equidad estuvo presente desde que los ancestros comenzaron a tener que repartir el botín de la acción conjunta. Partiendo de Trivers,⁸ de Waal sostiene que la cuna de la cooperación es la comunidad ya que las normas de intercambio surgieron entre individuos que se conocían y vivían juntos. Luego se ampliaron a los extraños.

A modo de conclusión o de recopilación, en el último capítulo («Madera retorcida») retoma la crítica al darwinismo social y defiende que la especie humana necesita un reajuste del alcance de la empatía. A la premisa de que la naturaleza está llena de competencia y conflictos de intereses —asumida por aquellos que se adhieren al darwinismo social— opone la idea de la naturaleza intensamente social. La empatía es un producto de la evolución, de una aptitud innata muy antigua y no tan compleja como se suele presentar. Mediante sensibilidades automáticas a las caras, los cuerpos y las voces, los seres humanos empatizan desde el primer día de sus vidas y, más tarde, construyen estratos superiores como la atribución de estados mentales a otros o la capacidad de rememorar las experiencias propias. En su intento de diseccionar la empatía y llegar al meollo de la cuestión, Frans de Waal ha incluido a los no humanos en el asunto, cuestión con la que muchos científicos desacuerdan. Él sostiene que para un darwinista debe ser lógico el supuesto de continuidad emocional. No asocia la empatía a los lóbulos frontales que sólo alcanzaron su extraordinario desarrollo en los últimos dos millones de años sino a algo más antiguo, al legado del linaje mamífero. En su forma completa la compara con una muñeca rusa. En el núcleo los seres humanos poseen un proceso automático compartido por multitud de

⁸ R.L. Trivers, «The evolution of reciprocal altruism», *Quarterly Review of Biology*, 46 (1971): 35-57.

especies, rodeado de capas externas que moldean su alcance y sus objetivos. No todas las especies poseen todas las capas. Incluso las capas más externas y sofisticadas permanecen por lo general ligadas a su núcleo primario. Esto es relevante porque significa que las reacciones adultas más inmediatas hacia los otros comparten procesos medulares con las de los niños pequeños, los otros primates, los elefantes, los perros y los roedores.

Queda por decir que en varios pasajes de su libro, Frans de Waal reniega de la reticencia de algunos científicos a aceptar las explicaciones sobre la naturaleza humana a partir de la vida de los animales. En ciertos párrafos indica también que muchas de las cuestiones planteadas no podrían aplicarse a las complejas sociedades modernas, a pesar de que incluye muchos ejemplos sobre éstas. Es así que cuando esto sucede (y no son de extrañar las reticencias señaladas) sus tesis quedan limitadas, faltando una contextualización social más profunda que tenga en cuenta conceptos esenciales tales como clases sociales, autoridad, cualificación, poder y dominación, entre otros.

Cecilia Milito Barone
UNED (Madrid)
cmilito@bec.uned.es

